

LA MUERTE DE LOS NIÑOS

¿Cuál es la condición de los niños que fallecen antes de llegar a la edad de la madurez, o antes del tiempo señalado para nacer?

Estos niños se hallan al amparo del favor de Dios, y siendo que ellos no han cometido pecado alguno y no han sido manchados con las impurezas del mundo de la naturaleza, son los centros de la manifestación de la munificencia y el Ojo de la Compasión se volverá hacia ellos.1

El fallecimiento de aquel amado joven y su separación de vosotras ha provocado el más grande dolor y la mayor pena; pues en la flor de la edad y en la lozanía de su juventud emprendió su vuelo hacia el nido celestial. Mas él ha sido librado de este albergue lleno de dolor y ha vuelto su rostro hacia el sempiterno nido del Reino, y, liberado de un mundo estrecho y oscuro, se ha dirigido presuroso hacia el santificado dominio de la luz; en ello descansa el consuelo de nuestros corazones.

La inescrutable sabiduría divina es la razón fundamental de tan desgarradores sucesos. Es como si un bondadoso Jardinero transfiriera a un joven y tierno arbusto desde un lugar confiando a una amplia área abierta. Esta transferencia no es la causa del marchitamiento, de la decadencia o la destrucción de ese arbusto; más bien, por el contrario, le hace crecer y prosperar, adquirir frescura y delicadeza, volverse verde y producir frutos. Este secreto oculto lo conoce bien el Jardinero, pero aquellas almas que no son conscientes de esta misericordia suponen que el Jardinero, en Su cólera o Su ira, ha desarraigado el arbusto. mas para aquellas que son conscientes, este hecho encubierto se halla manifiesto, y este decreto predestinado es considerado una munificencia. Por consiguiente, no os sintáis tristes o desconsolados por la ascensión de aquella ave de la fidelidad; es más, en todas las circunstancias orad por ese joven, suplicando el perdón para él y la elevación de su posición.

Espero que alcanzareis la mayor paciencia, serenidad y resignación, y suplico e imploro ante el Umbral de la Unicidad, pidiendo la remisión y el perdón. Es mi esperanza que Él, de las infinitas mercedes de Dios, otorgue amparo a esta paloma del jardín de la fe y le haga habitar en la rama del Concurso Supremo, para que en la más hermosa de las melodías pueda cantar la alabanza y la glorificación del Señor de los Nombres y Atributos.2

No te apesadumbres por la muerte de tu hijo, ni suspires ni te lamentes. Ese ruiseñor se ha remontado hacia el Divino Jardín de rosas; esa gota ha regresado

hacia el grandioso Océano de Verdad; ese extranjero apresuró su llegada a su hogar nativo; ese doliente ser ha encontrado salvación y vida eterna.

¿Por qué has de estar triste y acongojado? Esa separación es temporal; ese alejamiento y esa aflicción se cuentan solamente por días. Lo habrás de encontrar en el Reino de Dios y habrás de alcanzar eterna unión. La compañía física es efímera, mas la asociación celestial es eterna. Siempre que recuerdes la unión eterna, perdurable, serás consolado y te sentirás dichoso.³

¡Oh tú, bienamada sierva de Dios! Aunque la pérdida de un hijo es, en verdad, algo desgarrador y está más allá del límite que un ser humano puede soportar, no obstante, alguien que sabe y comprende tiene la seguridad de que el hijo no ha sido perdido sino que, más bien, ha pasado de éste a otro mundo, y que lo encontrarás en el Domino Divino. Esa reunión será para la eternidad, mientras que en este mundo la separación es inevitable y causa un ardiente dolor.

Loado sea Dios ya que tienes fe y diriges tu rostro hacia el Reino Sempiterno, y crees en la existencia de un mundo celestial. Por tanto, no te acongojes, no languidezcas, no suspires, no te quejes, no llores; pues la agitación y el duelo afectan profundamente a su alma en el Dominio Divino.

Ese amado hijo tuyo se dirige a ti desde el oculto mundo: ‘Oh tú, madre bondadosa, agradece a la divina Providencia por haber sido librado de una jaula pequeña y oscura y, como las aves de las praderas, me he remontado hasta el Mundo divino, un Mundo que es espacioso, iluminado y siempre alegre y jubiloso. Por tanto, no te lamentes, oh madre, y no te apenes; yo no soy de los que se han perdido, ni he sido aniquilado, ni destruido. Me he librado de la forma mortal y he elevado mi enseña en este Mundo espiritual. A continuación de esta separación está la compañía imperecedera. Tú me encontrarás en el Cielo del Señor, inmerso en un océano de Luz.⁴

1 Contestación a Unas Preguntas, cap. 66

2 Selección de los Escritos de 'Abdu'l-Bahá, #169

3 'Abdu'l-Bahá, El Gran Anuncio, pág. 72

4 Selección de los Escritos de 'Abdu'l-Bahá, #171